

NOTAS Y COMENTARIOS

EL QUEHACER DE LA TEOLOGÍA*

LUIS OVIEDO TORRÓ

González de Cardedal es seguramente el teólogo español más conocido y que más ha publicado en su larga carrera. Desde su cátedra de Salamanca ha sido maestro de varias generaciones de estudiantes, y su influencia en la Iglesia y la sociedad española es considerable. Su prosa le cualifica como uno de los mejores escritores de la teología en castellano, y sus análisis en la prensa constituyen un punto de referencia para todos.

Es interesante que este autor maduro ofrezca ahora, al final de su carrera, y tras un exhaustivo recorrido por la cristología, un volumen dedicado a presentar lo característico de la teología, desde su visión y su larga experiencia. Este volumen se alinea seguramente con lo que podemos llamar “tratados de introducción a la teología”, a pesar de lo prolijo de la misma. Pero también hay mucho de lo que ha veni-

do a ser la teología fundamental en los últimos tiempos. En general, podríamos calificar esta obra monumental como “la teología según González de Cardedal”, es decir su propio modelo de organización y elaboración teológica. Se trata de una propuesta importante para situar el empeño teológico de una generación, la postconciliar, con sus tareas específicas y sus propias señas de identidad.

La presente recensión intentará mostrar cuáles son esas señas de identidad que nos permiten situar dicho proyecto, enraizado en un proceso histórico concreto, y que probablemente da pie a líneas varias, en continuidad unas, o bien, alternativas otras.

El libro está bien estructurado, es esquemático en su composición, lo que facilita su lectura e incluso un uso didáctico. Son doce las partes en las que se despliega el programa. La pri-

* OLEGARIO GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *El quehacer de la teología*. Ediciones Sígueme, Salamanca 2008; 766 pp.; 39,00 €; ISBN: 978-84-301-1685-0.

mera analiza la historia del término “teología”, los retos que afronta desde el inicio de la modernidad, sus fundamentos (revelación, fe, Iglesia) y condiciones de elaboración (ciencia, sabiduría, fe y diálogo).

La segunda parte se titula “La teología desde la apertura teológica del hombre”. Su propuesta retoma la “vía metafísica”, que invoca la “luminosidad del ser”, y la teología trascendental, que descubre en la realidad humana una apertura a la trascendencia y a la revelación divina, las condiciones de posibilidad para el encuentro entre la criatura y Dios. Es de interés su distinción entre dos estrategias al describir dicho encuentro: una que acentúa la continuidad, y otra la ruptura y la sanación radical; los protagonistas de ambas tendencias son sobradamente conocidos.

La tercera parte, “La teología desde la historia de Dios con los hombres”, plantea un paso sucesivo: del deseo humano de trascender a la palabra reveladora, “de la intimidad a la alteridad” (162). El autor recorre las fases de la revelación en el Antiguo y el Nuevo Testamento hasta el tiempo de la Iglesia. La teología de la historia, como ámbito revelador, parece ofrecer un complemento al subjetivismo del modelo trascendental.

La cuarta parte “El lugar de la teología y los lugares teológicos”, recupera y actualiza un tema que sugirieron en el siglo XVI Melancthon y Melchor Cano, y que el autor asume como “condición de posibilidad, emplazamiento y misión” (238) de la teología. Distingue entre “lugares exteriores” (contextos) e “interiores” (historia de

salvación y fe vivida). Una teología de los signos de los tiempos apunta a un reconocimiento del contexto, que algunas teologías actuales han asumido, aunque queda abierta la cuestión sobre su interpretación y papel teológico.

La quinta parte se orienta al conocimiento y al método teológico. Se describe el desplazamiento moderno del contenido objetivo de la teología (Dios) a su dimensión subjetiva, o la experiencia creyente. El método recupera las cuatro tareas clásicas: audición, intelección, realización y proposición de la fe. Su conclusión es que la teología debe ser “histórica, crítica, hermenéutica, práxica, y pragmática o apologética” (318), sin olvidar el inevitable pluralismo de dicha tarea.

La sexta parte, “Técnica, alma, carisma”, describe el ejercicio teológico en sus diversas dimensiones, es decir, como una “destreza”, una actitud de “interiorización” y la “confesión”. Es instructiva la comparación con la labor científica y la filosófica, a la hora de esclarecer lo específico de la tarea teológica.

La séptima parte, “Fundamentos, problemas, tareas” se refiere a la fe y la Iglesia como fundamentos del quehacer teológico, que de todos modos debe plantearse las objeciones que abundan y reivindicar la validez insuperable de ambos principios.

La octava parte “El lenguaje y el sistema de la teología” plantea un recorrido a través de las corrientes teológicas que han tratado de comprender la relación entre el discurso teológico y la revelación, con sus diversas oscilaciones entre mayor aproximación y alejamiento, reivindicando la posibilidad de

una sistematización de lo que es originalmente un discurso narrativo.

La novena parte, sobre la libertad de la teología y del teólogo plantea las relaciones entre la misión del teólogo y la autoridad de la Iglesia, a la que sirve aquel. La posición del autor apunta al equilibrio y la complementariedad, en el reconocimiento de una amplia autonomía de investigación para el teólogo, “cuya única arma es el argumento”, dice citando a Seckler (514). Dedicar un buen apartado a la cuestión de la cientificidad de la teología y a las amenazas y riesgos que conlleva su elaboración. Defiende la idea de la teología como ciencia positiva pero con relevancia social. Es interesante la denuncia de las “amenazas internas a la teología”... “cuando la autoridad episcopal, el derecho canónico o la predicación, intentan explícita o implícitamente suplantarla, reducirla, ponerla a su servicio o acallar su voz” (530).

La décima parte describe “La teología en la situación espiritual del siglo XX”. Traza las nuevas condiciones de su labor: para empezar la fuerte conexión con la metafísica, a pesar de su crisis. El recorrido se detiene naturalmente en el Vaticano II, y plantea al fin los retos del momento presente, cuando parecen apagarse las grandes figuras de la estación anterior, y se está a la espera de algo distinto ante un contexto bastante diverso.

La parte undécima expone un recorrido a lo largo de la historia de la teología, deteniéndose en sus principales figuras y organizando etapas o tendencias.

La duodécima parte se titula “La existencia teológica. Quién es y cómo

es un teólogo”. Se trata quizás de la parte más personal y que refleja mejor la visión del autor. Ciencia y fe son los dos polos de la tensión en que vive el teólogo. Barth ofrece un buen caso. Para el autor, la existencia teológica integra “tres órdenes”: “naturaleza real, historia humana y revelación divina, otorgando a cada uno de ellos su peso propio” (683). Esa tarea está llena de riesgos, en especial cuando el teólogo se deja llevar por “los cantos de sirena” de las ideologías y poderes del momento, y a ellos subordina su elaboración. La teología de los “signos de los tiempos” todavía parece incierta al respecto. No obstante se reivindica la “radical libertad” del teólogo en su servicio a la Palabra y a la Iglesia, a la verdad y a la justicia.

El libro termina con una reflexión final sobre “La lógica del cristianismo y la lógica de la teología”. De la mano de San Agustín describe cinco pasos para el camino teológico: pensar, creer, entender, orar y comprender (703). Reivindica al mismo tiempo cuatro principios en la base la “verdad del cristianismo”: histórico, encarnativo, sacramental y escatológico.

El recensor no se hace la ilusión de que esta síntesis pueda representar mínimamente el contenido de una obra larga y muy rica en intuiciones. Sólo quería reflejar un estilo de entender y hacer teología, una “existencia teológica” en suma, cuya actualidad sigue vigente y supera con mucho otras propuestas disponibles de presentación de esa disciplina o de “introducción a la teología”.

Desde mi punto de vista, este programa representa una época o estación

de la teología que no debiera detenerse en las convicciones que ahora expone, ni asumir una actitud sólo de espera ante un futuro incierto (603-606). El problema es de diagnóstico del presente, de sus retos y sobre el papel que la teología debe asumir en un etapa bastante distinta de la que marcó la gran temporada de la producción teológica en torno al Vaticano II. Los retos se convierten en oportunidades para el teólogo atento a leer los signos de los tiempos. No habría que ignorar algunos desplazamientos que van más allá de los análisis y propuestas de esta gran obra.

Para empezar, la gran etapa del pensamiento metafísico y trascendental en filosofía y teología ha dado paso a varias líneas alternativas, quizás más realistas y en conexión con corrientes de pensamiento más actualizadas. En varios ambientes se proclama el final del “fundacionalismo” y se duda de los presupuestos antropológicos ínsitos en la teología trascendental, o bien en su utilidad ante la evidente indiferencia religiosa actual. Por otro lado, la ciencia se convierte cada vez más en un interlocutor e incluso una inspiración para la elaboración teológica. Los contextos de la secularización obligan a replantear buena parte del mensaje y de las claves de relevancia de la fe cristiana. Las ciencias humanas y sociales nos invitan a mejorar nuestros diagnósticos y a leer mejor nuestra realidad y la del sujeto creyente.

No es necesario esperar a nuevas inspiraciones, y algunos de nosotros hace tiempo que dejamos de vivir de los “deshielos de aquellos grandes autores” que evoca con nostalgia nues-

tro colega. Cuando se es receptivo a las intuiciones y la vitalidad de la teología en otros ambientes, descuidados por la teología de la Europa continental, las cosas asumen un cariz muy distinto. Me refiero sobre todo a la teología en lengua inglesa, mucho más creativa y fecunda actualmente.

La teología está seguramente viva allí donde la fe también lo está, donde la esperanza cristiana se cultiva en comunidades de mayor vitalidad. Hay que recordar que suele darse una correlación entre vitalidad eclesial y teológica; por consiguiente las nuevas generaciones de teólogos probablemente tengan que mirar hacia otro lado.

Olegario González de Cardedal nos entrega un legado, su visión de la teología, más bien como una tarea y responsabilidad abierta: el ha hecho su parte, a nosotros nos toca cumplir la nuestra. Esta constituye, desde mi punto de vista, la línea de lectura más conveniente para quien está hoy enzarzado en el propio quehacer teológico, en fidelidad con la tradición de la Iglesia, a su servicio, pero también tratando de ser fiel al espíritu de su propio tiempo, con características distintas y nuevas provocaciones. No es que lo que ahora se nos entrega deje de tener vigencia, sino que reclama una continuación y profundización, y en ocasiones también cambios audaces. Quizás en ese sentido debería entenderse una teología de los “signos de los tiempos”, que no parece haber calado demasiado en el ambiente postconciliar, lo que también constituye un “signo”, en este caso de inmovilidad o de desatención al propio ambiente.